

y piensa que adentrándose en sus bellas enseñanzas se eleva y ennoblece la condición del hombre. Esa pobre condición humana nublada por la envidia y el rencor. Se duele de los tiempos plebeyos que vivimos. Y un día lleva a su amigo a conocer esa casa que ha construído lejos del oleaje turbio de las pasiones y los odios. Es bella y limpia como un pequeño templo, dedicado al recogimiento en que se acendran los grandes espíritus. El dueño dice: «No tengo como sirvientes sino a dos viejecitos, ya deshumanizados por la edad. Vivieron su juventud en años menos viles que los nuestros.

Tipo admirable. No es un egoísta porque busca afanosamente la efusión de una buena y leal amistad para compartir con ella su pan y las generosas intenciones de su corazón.

Y pasa el tiempo. El amigo lo recuerda como un ser excepcional. Pero un día en la redacción del diario se habla de que la policía ha descubierto un garito instalado en un lugar apartado, en una hermosa casa solitaria. Y todos los detalles coinciden con la ubicación del retiro de ese admirable amigo. Después la prensa da su nombre.

EL PAPA DEL GHETTO.

En esta novela de Gertrudis von Le Fort, se cuenta la historia de un niño judío que llegó a ser Papa. El niño que sale del pueblo que aun no quiere reconocer la venida de Cristo, en su calidad del Mesías anunciado por los profetas bíblicos, llega a sentarse en la silla de San Pedro. La novela tiene un curioso encanto a pesar de estar escrita en forma de apólogos, en que sin embargo se cuentan verdades que van poniendo de relieve la lucha eterna que los dogmas religiosos le imponen al mundo, desde el día en que el hombre para su bienestar siente la necesidad de la protección de un ser divino.

José María Souvirón, en un bello prólogo en el cual hace un resumen de esta novela que él mismo ha traducido, para la

editorial Difusión, dice refiriéndose a lo esencial de su contenido:

«Sobre este mundo y aquel—que son el mismo mundo—sobre aquel Ghetto de la otra banda del Tíber y sobre los palacios de Septensolia, los mismos que sobre los barrios míseros y las avenidas burguesas, de nuestros días, la noche de los tiempos no se desvanece con la luz amarilla que despiden los doblones y onzas ni con la que vierten las ventanas de los palacios en fiesta; ni con la que encienden en busca de justicia sola y desmedrada las cosas humildes llenas de falsas predicaciones. La única luz que desvanece esas tinieblas es la que despide esa cruz, que puso sobre Roma, en un tiempo de honda calamidad, el Papa del Ghetto. Pues no vino esa luz verdadera de la prosperidad que todos reclamaban, sino del dolor que produjo la soberbia de quien quiso abolir la injusticia. Y así, del mayor dolor y de la turbación más honda, salió la más alta verdad de la salvación.

La historia del Papa del Ghetto y de sus días romanos, es la historia de siempre. Hasta el día en que suceda el reinado que no tendrá fin».